

Ztschr. f. hist. Theol., 1843, II, art. y Schoenfelder, Quart.-Schr., 1865. Véase Moses. Cheren. Hist. Arm., II, 29-31; Assemani, Bibl. or., I, p. 554, III, II, p. 8; Natal, Alex., Sec. I, Diss. III.

Esta corta epístola nada contiene que sea indigno de Jesucristo; pero el conjunto suscita bastantes dificultades. De todo lo que sabemos de Jesucristo, fuera de la Biblia, el documento más digno de crédito es la carta siríaca de Mara á Serapion (ed. Cureton, Spicil. syr., Londres, 1855) escrita desde el destierro, hacia el año 73, carta consolatoria, donde Jesucristo, sabio Rey de los judíos, es comparado á Pitágoras y Sócrates, y su muerte presentada como la causa de la ruina del Estado judío. Diferentes palabras de Jesucristo sacadas de los escritos de los Padres y trasmitidas á un Cod. cantabr. (Véase Hofmann, loc. cit., p. 317; Gueicke, Hist. ecl., I, p. 43, n. 3. IX, etc.), son en parte dudosas.

§ 2. Trabajos de los Apóstoles.

La Pentecostés.

18. Al verificarse la Ascension del Señor, su Iglesia contaba quinientos fieles en Galilea y ciento veinte en Jerusalem, incluidos los Apóstoles. Estos, á propuesta de Pedro, acababan de completar su Colegio, proponiendo dos hombres en lugar del traidor y suicida Júdas, José Barsabas y Matías, de los cuales este último fué escogido por la suerte. Diez días despues de la Ascension del Señor, en la Pascua de Pentecostés de los judíos, descendió, segun habia sido anunciado, en medio de un viento fuerte y en forma de lenguas de fuego, el Espíritu-Santo sobre los Apóstoles y discípulos reunidos. Con el don de lenguas concedido á sus Apóstoles, Jesucristo declara que sus Ministros serán aptos en adelante para ejecutar la alta mision que les ha sido confiada; que está suprimida la separacion de lenguas y pueblos, y definitivamente sellada la nueva alianza establecida por Él.

Los discípulos, hasta entónces tan tímidos, se sienten animados de valor invencible. Movidas por la predicacion conmovedora de Pedro, tres mil personas, que habian venido á Jerusalem de diversas comarcas, con ocasion de las fiestas, pidieron el bautismo. Aunque se quisiera, contra el texto de San Lúcas, interpretar naturalmente el primer milagro de la palabra en diversas lenguas, siempre quedaría el milagro de la conversion súbita de estos millares de personas y del completo cambio operado en sus almas, milagro más grande que los que el Señor operó por sí mismo ¹.

1 Véase Joan., xiv, 12.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 18.

Véase en general Neander, Gesch. der Pflanzung. ur. Leitung der christl. Kirche, Hamburgo 1832 y sig., 4.ª ed., 1847, 2 vol.; Lechler (arriba, A, 31); Tiersch, Die Kirche in apostol. Zeitalter, Francfort, 1852; Hausrath (arriba I, 1), 2 vol., Heidelb., 1872; sobre todo Dolling., op. cit., p. 42 y sig. Sobre las Act., I, 15-26; Natal, Alex., Sec. I, diss. vi; Stronck, De Matthia in apost. ordinem sorte cooptato, Dord., 1852.

Sobre las Act., II, 1 y sig. No se explica detalladamente en qué consistía esto don de lenguas. Es probablemente el mismo que aquel de que se habla I Cor., XIV. Puede ser, ó que cada uno entendiera á los Apóstoles en su propia lengua (opinión de Schneckenburger), ó que los Apóstoles hablaran sucesivamente diversas lenguas (opinión de Dollinger); la última suposicion es más verosímil. Aug. Serm. cLXXV de verb. apost.; I Tim., I: «Loquebatur tunc unus homo omnibus linguis, quia locutura erat unitas Ecclesiae in omnibus linguis.» Serm. cCLXXVI in vigil. Pent., n.º 2: «Futura Ecclesia in omnibus linguis praenuntiabatur. Unus homo signum erat unitatis, omnes linguae in uno homine — omnes gentes in unitate.» S. Gregorio Nazianc., Or. XII, n.º 15, p. 743, ed. Maur., segun las Act., II, 13, prefiere admitir que el milagro se obraba en los que hablaban y no en los que oían. Lo mismo San Crisóst., Hom. xxxv in I Corint., cap. XIV n.º 1; Hom. IV in Act., n.º 2 (Migne, t. LXXI, p. 296; t. LX, p. 45). Com. Ord. Vital., Hist. ecl., I, 17; II, 1, p. 65, 202. Los Padres, en la explicacion del milagro de la Pentecostés, hacen intervenir la antigua confusion de las lenguas, Gen. XI, 1 y sig.; San Greg. Nazianc., loc. cit., n.º 16; Chrys., In I Cor., loc. cit., Hom. II de Pentec. (Migne, t. L, p. 467).

Primeras instituciones de la Iglesia.

19. Despues de predicaciones reiteradas y de nuevos milagros ¹, entre los cuales debe señalarse especialmente la curacion del paralítico de nacimiento á la puerta del templo, que causó grande impresion, el número de fieles subió pronto á cinco mil ². La profesion exterior de la doctrina de Jesucristo iba acompañada de completa trasformacion en las almas. Los nuevos cristianos vivian reunidos como una sola familia; sin violentar á nadie, habian introducido la comunidad de bienes, que consistía en una caja general alimentada por las ricas ofrendas de las personas pudientes ³. Mostrábase gran severidad acerca de la exactitud y veracidad de los sentimientos. Habiéndose atrevido Anania y Safira, su mujer, á ocultar parte del precio de un campo que habian vendido é intentando engañar á San Pedro, fueron heridos de muerte con una sola palabra salida de los labios del Jefe de la Iglesia ⁴.

1 Joan., III, 1 y sig.

2 Act., IV, 4.

3 *Ibid.*, II, 44 y sig.; IV, 32, 34 y sig.

4 *Ibid.*, V, 1 y sig.

Cuando, al aumentarse la comunidad de fieles, se manifestaron quejas porque las viudas de los judíos helenizantes eran preferidas en los socorros á las de los indígenas, los Apóstoles, á propuesta y eleccion de los hermanos reunidos, instituyeron siete diáconos, á quienes encomendaron especialmente velar por el sustento de los pobres, y cuidar de los agapes. Esto les permitía á ellos mismos dedicarse libremente á la predicacion y á otros actos de su ministerio. Los diáconos designados eran hombres llenos del Espíritu Santo, y capaces tambien de recomplazar parcialmente á los Apóstoles en ciertas elevadas funciones.

El ministerio de los diáconos era igualmente sagrado, porque su institucion tenia lugar por medio de la imposicion de las manos; poco despues administraron el bautismo é instruyeron á los fieles. Hasta entonces todo el poder eclesiástico habia estado concentrado en los Apóstoles; poco á poco lo veremos dilatarse en la vida práctica y escalonarse en los diferentes grados del orden jerárquico. La ordenacion de los diáconos fué el primer paso en esta direccion ¹.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 19.

L. Mosheim, *Comm. de vera natura communionis honorum in eccl. Hier.* (Diss. ad Hist. eccl. pertinentes, II, p. 23, Alton., 1743); Gaume, *Gesch. der haensl. Gesellschaft*, trad. del francés, Regensb., 1845. t. I.

La liturgia. — Relaciones con la Sinagoga.

20. El servicio divino de los primeros fieles era de dos clases: 1.º El culto privado, que se celebraba en las casas particulares, y consistía en la comunión de la fraccion del pan, de la oracion y predicacion apostólica ²; comprendía las prácticas que distinguían á los fieles de los demas israelitas, esto es, el germen del culto cristiano regularizado. 2.º El culto público que los fieles celebraban en el templo, en comun con los demas israelitas. En efecto, no podía romperse de pronto y definitivamente todo vínculo con la Sinagoga judaica, porque en este caso los otros judíos hubieran permanecido desde el principio extraños á la Iglesia. Por lo demas, el templo que el Señor habia santificado con su presencia estaba aún de pie; Dios no habia abolido todavia enteramente el culto levítico, ni fallado definitivamente la reprobacion del pueblo de la antigua alianza; y además, el amor á su propia nacion debia inducir

¹ Act., vi, 1-6.

² *Ibid.*, ii, 42, 46.

á los Apóstoles á partir de este culto para anunciar á Jesucristo crucificado y resucitado, á fin de hallar más fácil acceso en los endurecidos corazones. Nada debia hacerse de un modo imprevisto y sin preparacion.

La nueva alianza se fortificaba con todas las pérdidas de la antigua. El culto levítico se extinguía poco á poco, y la Iglesia cristiana marchaba insensiblemente á su independencia. La Sinagoga era la madre de los Apóstoles, y ellos querian respetar á esta madre, aunque degenerada, y prepararla honrosa sepultura. Cuanto más grande era el número de los fieles, que frecuentaban en comun el templo, más se impregnaba éste de las ideas cristianas, y más fácil era á la nueva alianza colocarse en lugar de la antigua. Lo que decimos del templo, se aplica igualmente á las sinagogas. Para mantener la union con la antigua alianza, y tambien por amor á sus compatriotas, podían los Apóstoles, á imitacion del Salvador, acudir á las sinagogas, donde les era fácil hacer oír la buena nueva al interpretar la ley y los profetas. La Iglesia tomó de la Sinagoga los diferentes tiempos señalados para la oracion, así como el canto de los Salmos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 20.

Rothe (A. 4), § 20, p. 142 y sig.; Lechler, p. 160 y sig. *Las ἐκκλησία καὶ ὄχιζα*, *Röm.*, xvi, 4 y sig.; I Cor., xvi, 19; Col., iv, 15.

Analogía entre la Iglesia y la Sinagoga. Aug., ep. lxxxii, n.º 16; Op. ii, 195, ed. Ven., 1731: «Sicut defunctorum corpora necessariorum officii deducenda erat (lex V) quodammodo ad sepulturam, nec simulata, sed simulata, nec autem deserenda continuo vel inimicorum obtreactionibus tanquam canum morsibus obieienda.» Juan Spencer, *De Hebr. leg. rit.*, Tubinga, 1732, p. 660: «Est arcanum naturae, sensim et occulte res omnes immutare et dum res novas molitur eandem externam speciem retinere. Sapientiae et pietati consentaneum est existimare, Deum ritus aliquos antiquos tolerasse et pertinacem populum ad cultum novum leniter et sub externa veteris specie perducere studuisse.» Sobre las prescripciones legales. Nonbauer, *Theol. Wireceb.*, t. VII; *Tract.*, De legibus, cap. ii, an. 2-4, p. 50 y sig.

21. Anádase que la política judía daba al ritual mosaico sólida consistencia y garantizaba su duracion. Ahora bien, mientras que este estado político continuase subsistiendo con el templo, aun bajo la dominacion extranjera; mientras que la masa del pueblo no entrase de un golpe en la Iglesia, no se podía pensar en la total abolicion de la ley ceremonial, que tenia al mismo tiempo el carácter de ley civil. Jesucristo mismo no habia ordenado que se rompiese con la organizacion político-religiosa del judaismo, á la que estaban todavia tan adheridos los judíos de la dispersion. Los primeros israelitas convertidos debían,

pues, continuar observando la ley ritual, tanto más, cuanto que Dios no había manifestado claramente sus designios; debían permanecer israelitas en la entera acepción de la palabra, y no distinguirse sino por la fe en el Mesías ya venido.

Por su parte, los Apóstoles nada debían hacer que pudiese paralizar la gran misión, no abdicada aún enteramente por el pueblo judío, de ser el sosten e instrumento del reino mesiánico. No se había consumado todavía el tiempo fijado á esta nación.

Los Apóstoles, tratando de evitar cuanto podia apartar innecesariamente á los judíos de la sociedad de los nuevos fieles, continuaban observando la ley, y aprobaban que se observase en la primera comunidad de los judío-cristianos. Los vínculos de la Iglesia con la Sinagoga no debían romperse completamente sino por una señal del cielo y mediante una imposibilidad absoluta, cuando la nación judaica renunciara enteramente á su elevada misión, cuando la autoridad de la Sinagoga, hasta entónces respetada, rechazase la salud, consumando su hostilidad, y viese frustradas por si misma todas sus pretensiones.

Los Apóstoles ante el gran Consejo.

22. Al principio, ni el gran Consejo de los judíos, ni los fariseos y saduceos se alarmaron por los progresos de la nueva comunidad. Eliminado Jesús, muerto el jefe, sin que sus discípulos hubiesen tomado su defensa, ¿qué podían temer? La nueva secta¹ parecía demasiado insignificante, y no ofrecía peligro, en tanto que el antiguo culto² subsistía y no era amenazado en su existencia. Por lo demás, aquella gozaba del favor del pueblo, y no era prudente perseguirla sin necesidad. Pero cuando Pedro, que predicaba en el templo, calificó á Jesús de Santo y de Justo; cuando declaró que era el autor de la vida, y que su muerte pesaba sobre el pueblo como espantoso crimen, se le hizo prender con su compañero Juan y conducir al día siguiente ante el consejo. Pedro confesó valerosamente que no había salvacion sino en Jesucristo, rechazado por la Sinagoga. Como no se podia negar el milagro obrado por Pedro, se contentaron con prohibirle predicar en este nombre, para ellos odioso; pero los Apóstoles declararon unánimes, invocando la voluntad de Dios, que no podían someterse á esta orden.

Después de una nueva efusion del Espíritu Santo, los Apóstoles dieron, con maravillosa fuerza é inmenso éxito, testimonio de la Resur-

¹ Act., xxiv. 5; xx, 22.

² *Ibid.*, II, 47.

reccion de su Maestro. Pedro aparece en todas partes como el Jefe, y ejerce ámpliamente el don de las curaciones. Los enfermos son sacados de su lecho y llevados á la plaza pública, á fin de que al pasar Pedro, les toque solamente con su sombra. Presos segunda vez los Apóstoles por orden del Sumo Sacerdote, fueron libertados por un ángel y continuaron su predicacion en el templo. Llamados ante el gran Consejo, declararon con igual firmeza que es preciso obedecer á Dios antes que á los hombres. Ya se pensaba en hacerlos morir, cuando el fariseo Gamaliel aconsejó esperar á fin de que hubiese tiempo de convencerse si su causa era verdaderamente la causa de Dios. Esta opinion prevaleció. El gran Consejo les hizo azotar, y los despidió, renovando su prohibicion de hablar en nombre de Jesucristo.

Los Apóstoles la despreciaron, y se recogieron de las afrentas que sufrían por causa del nombre de su Maestro. Algunos sacerdotes hicieron sus discípulos¹.

OBRA DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 21 Y 22.

Duellinger, obra citada, p. 45-47, 58 y sig.

Persecucion y dispersion de los primeros fieles. — Admision de los paganos.

23. Era inminente el peligro de la persecucion. La Iglesia tuvo su primer mártir en el diácono Estéban, que en un enérgico discurso declaró que el Antiguo Testamento estaba abolido, que Jesús era glorificado cerca de Dios, su Padre, y habló del endurecimiento de los judíos. Fué lapidado, y murió orando por sus enemigos.

Los fariseos y saduceos se unieron en Jerusalem para extirpar la nueva doctrina. Muchos fieles se dispersaron por Judea y Samaria, y hasta por Fenicia, Chipre y Siria, miéntras que los Apóstoles permanecieron en la capital sin que les ocurriese cosa alguna adversa. Esta dispersion produjo tambien nuevas conversiones. El diácono Felipe desplegó su celo entre los Samaritanos, y bautizó á un etiope, prosélito de la puerta y tesorero de la reina Meroe. Pedro y Juan estuvieron despues por corto tiempo en Samaria, y confirmaron á los bautizados por Felipe. Los efectos fueron tan maravillosos, que Simon el Mago quiso comprar á precio de oro el poder de hacer milagros, que atribuía á la magia. Esta peticion le atrajo vivas censuras de parte de San Pedro. Las conversiones obradas en Samaria hicieron romper á los cristianos las barreras

¹ Act., iv, 1 y sig.; v, 12 y sig.; vi, 7.

de la nacionalidad judaica. Los designios de Dios sobre la conversion de los paganos, no eran desconocidos de los Apóstoles; pero ni el tiempo ni las condiciones habian sido determinadas; y sobre todo, ellos ignoraban lo que era preciso exigir á propósito de la circuncision requerida por el Antiguo Testamento, y las condiciones que debían imponerse á los paganos convertidos. Las impresiones recibidas de la antigua Ley, especialmente la distincion entre las cosas puras é impuras, obraban aún poderosamente sobre los ánimos. San Pedro, que despues de una vision, había bautizado al centurion Cornelio, prosélito de la puerta, con toda su familia, apaciguó el descontento de los fieles de Jerusalem haciéndoles ver que había obrado en virtud de revelacion divina, y asegurándoles que estos paganos habían recibido los dones del Espíritu Santo antes de ser bautizados.

Conversion de Saulo.

24. La Iglesia cristiana iba muy pronto á obtener en su antiguo perseguidor Saulo, que más tarde recibió el sobrenombre de Pablo, un nuevo y valeroso campeón. Natural de Tarso, en Cilicia, fariseo, pero familiarizado con la cultura helénica, y discípulo de Gamaliel, Saulo había mostrado en Jerusalem, mientras lapidaban á Estéban, el celo que le animaba en favor de la Ley; había buscado, no solamente en Jerusalem, sino en diversos puntos, á los confesores de Cristo para hacerlos castigar como apóstatas.

Mientras que volvía con este designio á Damaseo, provisto de los plenos poderes del Sumo Sacerdote, fué enteramente transformado por un milagro brillante de la gracia divina, y por las palabras que le dirigió el Salvador resucitado; ciego exteriormente de improviso, pero interiormente iluminado, el discípulo Ananias le devolvió la vista al cabo de tres dias. Saulo se hizo bautizar, y durante algun tiempo anunció en la sinagoga de Damaseo que Jesús era el Hijo de Dios.

De allí pasó á Arabia con el fin de recogerse en la soledad y disponerse para su alta vocacion, que le había sido revelada por el Señor mismo, su Maestro y su Guía. Vuelto á Damasco, y amenazado de muerte por los judíos, enfurecidos contra él, se escapó durante la noche con el auxilio de los fieles que favorecieron su fuga. Volvió á Jerusalem (era la primera vez despues de su conversion) para hablar con el jefe de los Apóstoles, y fué presentado por Bernabé. Allí permaneció quince dias; despues fué á Tarso, su país natal, y en seguida á Antioquía, á donde Bernabé le había llamado.

OBRA DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 23 Y 24.

Baur, De orationis habitae a Stephano consilio, Tubinga, 1839; el mismo, Paulus, p. 41; Jakobi, K.-G., I, p. 46; Deullinger, p. 47-51; Chryst., Hom. XIX, XX, in Act. (Migne, t. LX, p. 152); Ord. Vital., I, 6 y sig., p. 123. Es imposible, como lo pretenden J. Simon, J.-G. Eichhorn, Hegel, Heinrich, etc., explicar naturalmente la aparicion de Jesucristo y la conversion de Saulo (hermosa descripcion en Deullinger, p. 52-54); las Actas y Epistolas mismas de San Pablo (I Cor., ix, 1; xv, 8) son bastantes explicitas (J.-T. Hensen, Der ap. Paulus, Gettings., 1830 y sig.) El nombre de Paulo parece ser forma helénica del de Saul ó Saulo. (Deullinger, p. 52). Otros creen (Bengel, Olshausen) que Pablo adoptó el nombre del gobernador Sergio Paulo, convertido por él (Act. XIII, 7 y sig.), segun la costumbre de los rabinos y el ejemplo de Pedro. Cons. Aug., Conf., VIII, 3; Hier., Cat., c. v; Com. in ep. ad Philem. San Crisóst., Hom. XXVII in Act., n.º 1 (Migne, loc. cit., p. 209), advierte (sobre las Actas, xiii, 9): «Su nombre está aqui cambiado despues del acta de consagracion (*cheirotonie*), lo mismo que sucedió á Pedro.» Sobre Gal., I, 18, Tertul., De praeser., c. 25: «Venit Hierosolymam cognoscendi Petri causa ex officio et jure ejusdem fidei et praedicationis.» Teodoro, in h. loc.: τῆν πρόπρην ἀπονομήν τῶν κορυφαίων τῶν. Lo mismo Teofilacto, sobre San Crisóstomo, Hom. LXXXVII in Joan., n.º 1 (Migne, t. LIX, p. 478): ἕκαστος ἢ (Petrus) τὸν ἀποστόλων, σέμα τὸν μαθητῶν καὶ κορυφῆ τοῦ κορυφῆ ἀπὸ τούτου καὶ Παῦλος ἀντὶ τούτου τῶν ἱεροφάντων παρὰ τοὺς ἄλλους. Cf. Hier., Lib. I in Gal. h. l.; Allat., De Ecd. or. et occ. perp. consens., Col. Agr., 1648, lib. I, c. 4, n. 1; Reithmayr, Galat. Br., p. 92 y sig.

Antioquía y Jerusalem. — Santiago el Mayor decapitado.

25. Antioquía, capital del Oriente romano, poseía ya una comunidad de paganos convertidos. Era la segunda Iglesia madre de los cristianos, cuyo nombre se encuentra aquí por la primera vez¹. Bernabé y Pablo predicaron allí con mucho éxito. Volvieron despues á Jerusalem para llevar el producto de una colecta á sus hermanos, visitados por el hambre. Los fieles gozaban allí de cierto reposo, porque el Sumo Sacerdote y su consejo habían sido privados del derecho de muerte, y eran odiados, sobre todo, por el cambio de sumos sacerdotes, y por la envidia que existía entre fariseos y saduceos. En este intervalo, el emperador Cláudio había constituido á Herodes Agripa I (41-44) en rey de Judea y de Samaria. Este nuevo rey sacrificó los cristianos al odio de los sacerdotes y del pueblo, y suscitó una nueva persecucion, en la cual el Apóstol Santiago el Mayor, hermano de Juan, pereció por la espada. San Pedro mismo fué puesto en prison, é iba igualmente á ser sacrificado cuando terminaran las fiestas de Pascua. Pero la comunidad

1 Act., II, 26.

de los fieles oraba por él sin descanso, y libre de su prision por un ángel, apareció en medio de la Asamblea. Poco despues abandonó á Jerusalem con los demas Apóstoles, y Santiago, hijo de Alfeo, permaneció sólo en calidad de Obispo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 25.

El nombre de cristianos habría sido dado desde luego por la poblacion pagana y por la que hablaba la lengua latina á los fieles que además eran llamados galileos ó nazarenos (Doellinger, p. 51). Véase tambien Lipsio, Ueber den Ursprung u. aeltesten Gebrauch des Christennamens, Jena, 1873. Sobre la muerte de Santiago el Mayor, Clemente de Alejandria, Hypoth., lib. VII, ap. Euseb., II, 19, dice que su acusador, admirado de la firmeza del Apóstol, se declaró cristiano y sufrió tambien el martirio. Segun una antigua tradicion (Apoll., apud Euseb., V, 18; Clem., Strom., VI, 5), Jesucristo habría ordenado á los Apóstoles esperar doce años ántes de dispersarse por el mundo (Festum divisionis apostol., 15 Julio). Antes de su separacion, los Apóstoles habian redactado ya el Símbolo; algunos hacen derivar esta palabra de *συνέλιπον* (Rufino His. eccl., I, 9, Expos. Symb. ap.). Por lo ménos puede admitirse que nuestro Símbolo de los Apóstoles, en su fondo y sus rasgos principales, remonta hasta los tiempos de los Apóstoles. Era conocido con el nombre de « tessera » y « regula fidei. » Iren., I, ix, 4; x, 1; Tertull., De virg. vel., c. 1; De praescr., cap. xiii; c. Prax., cap. 11; Leo M., Ep. xxxi ad Pulcher., cap. iv: « Si quidem ipsa catholici symboli brevis et perfecta confessio, quae duodecim apostolorum totidem est signata sententiis, tam instructa sit monitione caelesti, ut omnes haereticorum opiniones solo ipsis possint gladio detruncari. » Véase Natal, Alex., loc. cit., dissert. xii; Acta SS. Bolland., 15 Jul.; Petri Kingii, Hist. Symb. apostol.; Meyers, De Symboli ap. titulo, origine et de antiquiss. Eccl. temp. auctoritate, Trev., 1849; Caspari, Theol. Ztschr. von Christiania, t. X y sig. Møhler, Gams. I, p. 343 y sig. La institucion por los Apóstoles de Santiago el Menor, como Obispo de Jerusalem, es mencionada por Hegesipo, ap. Eus., II, 1; la institucion por Pedro, Santiago el Mayor y Juan, en Clemente de Alejandria, apud Euseb., II, 1. Sobre la muerte de Herodes, véase Josef., apud Euseb., II, 10.

Eleccion de San Pablo.

26. Pablo no habia tenido hasta entónces en la Iglesia más que una posicion subalterna. En Antioquia, en presencia de los demas profetas y maestros, tales como Bernabé, Simon Niger, Lucio de Sirena y Manahen, habia permanecido en segundo término; pero estaba llamado á más grandes cosas, á la dignidad del Apostolado; iba á ser Apóstol de los gentiles. Estaba destinado á ello, tanto por su conocimiento de la ley, como por su cultura helénica, por sus aptitudes filosóficas, por su larga experiencia de la vida, por su repentina y elocuente conversion, y sobre todo, por las extraordinarias gracias que le fueron comuni-

cadas. Poseyendo en grado eminente el don de enseñar, reuniendo en sí la ciencia natural y la sabiduria sobrehumana, era en toda la extension de los términos un vaso de eleccion.

Despues de una celestial revelacion, Pablo y Bernabé recibieron la virtud del cielo por la oracion ó imposicion de las manos, y fueron vestidos de plenos poderes. Habian de completar el colegio apostólico, y reemplazar á los dos Santiagos, de los cuales el Mayor habia padecido el martirio, y el Menor estaba al frente de la Iglesia-Madre de Jerusalem en el templo de esta ciudad. Orando Pablo un dia, Dios le habia revelado que era llamado especialmente á convertir á los paganos. Bernabé fué asociado á él como compañero. Sin embargo, á fin de reconocer el derecho de los judios que eran los primeramente llamados, comenzaron siempre por las Sinagogas, en las cuales habia muchos prosélitos de la puerta que podian trasmitir á los paganos el Evangelio.

OBRA DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 26.

Doellinger, obra citada, p. 56-58.

Primer viaje de San Pablo. — Reunion de los Apóstoles.

27. Pablo y Bernabé inauguraron (45) su apostolado con un viaje á Chipre, donde obtuvieron brillante éxito, convirtiendo, entre otros, al Gobernador Sergio Paulo. De allí fueron á Parga, ciudad de Pamfilia, donde su compañero Juan Marco les dejó para volver á Jerusalem; luego se trasladaron á Pisidia y Licaonia, donde los judios incrédulos les persiguieron, mientras que los paganos, á consecuencia de una milagrosa curacion, les tomaron por dioses. Despues de su vuelta á Antioquia, suscitóse entre ellos una controversia sobre si los paganos convertidos debian ser sujetos á la ley mosaica, y especialmente á la circuncision, ó si debia considerárseles como prosélitos de la justicia. La admision de Cornelio habia sido un caso excepcional y aislado, al cual habia impreso el sello de una sancion divina la milagrosa comunicacion de la gracia.

Mas cuando los rígidos judeo-cristianos de Palestina, que no habian depuesto aún sus preocupaciones judaicas, vieron formarse comunidades enteras de fieles salidos del paganismo, se aterraron, y al llegar los Apóstoles á Antioquia, exigieron de los paganos convertidos como condicion necesaria para la salvacion, que se hiciesen circuncidar y observasen puntualmente el ritual mosaico. Signió á esto grande confusion.

Con este motivo Pablo y Bernabé, acompañados de Tito, griego convertido, y de algunos otros, se dirigieron á Jerusalem, donde se hallaban los Apóstoles. A propuesta de Pedro y de Santiago, la Asamblea de los

Apóstoles, sacerdotes y fieles, decidió que no se impondría la circuncisión y la ley á los paganos convertidos; que se les prohibiría solamente comer manjares ofrecidos en los sacrificios de los paganos, así como probar la sangre y carne de animales ahogados, y que se les vedaría la deshonestidad, la cual era tan comun entre aquéllos. San Pablo, en una entrevista privada, habia expuesto á los Apóstoles su conducta, á fin de solicitar la aprobacion de ella, por más que hubiese obrado por inspiracion divina. Los Apóstoles la aprobaron, y concluyeron con él una alianza fraternal. Él se dedicaría principalmente á los paganos, mientras que Pedro y Santiago se dirigirían á los judíos. Esta Asamblea se celebró entre los años 50 y 52 de nuestra Era.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 27.

Viaje apostólico de San Pablo, Act., XIII, XIV; controversia sobre la observancia de la ley, *ibid.*, xv y sig.; decreto de los Apóstoles, véase Walch, *Hist. eccl. sac.* I, cap. iv, sect. iii, § 5; Lumper, O. S. B., *Hist. theol. crist.*, VIII, 220-231; Friedlieb, *Oesterr. Vierteljahrsschr. f. Theol.*, 1863, p. 135 y sig.; W. Schenz, *Hist. exeget. Abhdlg. über das erst. allgem. Concil. in Jerusalem. Regensb.*, 1869. Se disputa si habia entónces en Jerusalem otros Apóstoles fuera de Pedro, Santiago, Pablo y Bernabé, y cual era su número. Dellinger, p. 61, no admite sino éstos, que son los únicos nombrados en las actas.

Controversia en Antioquia.

28. El decreto apostólico nada habia determinado en lo concerniente á los judeo-cristianos, y continuábase ignorando por qué medios se podría hacer vivir en comun y como hermanos á circuncisos é incircuncisos. Admitáse tácitamente, al parecer, que los judeo-cristianos y los Apóstoles mismos continuasen observando la ley; pero la menor cosa podia fácilmente conmover los ánimos, porque los judíos tenian por impuros hasta á los paganos convertidos, y creían mancharse comiendo con ellos. Los Apóstoles, sin duda, no vacilaban en dar á la caridad fraterna preeminencia sobre la ley ritual; pero en Judea, donde sólo habia judeo-cristianos, no se ofrecía ocasion de probarlo con actos. Presentóse una cuando Pedro (porque es el Apóstol y no un discípulo de este nombre á quien Pablo llama Cefas) llegó á Antioquia, donde la ley judaica no era la del país; y no vaciló en hospedarse en casa de paganos convertidos, y comer con ellos. Entre tanto vinieron de Jerusalem algunos judeo-cristianos de la comunidad de Santiago. Para evitar un escándalo, y conservar su influencia entre los judíos de Palestina, Pedro creyó prudente retirarse de la sociedad de los paganos convertidos,

ejemplo que fué seguido por los judeo-cristianos de Antioquia y por el mismo Bernabé. No era esto una violacion del decreto del Concilio, porque nada habia decidido sobre la cuestion presente; tampoco era un acto de pusilanimidad, porque Pedro habia demostrado bastante su dictamen contrario; era una medida de prudencia fundada en graves razones. Como tenia principalmente el intento de convertir á los judíos, parecíale ménos arriesgado retirarse de la sociedad de los paganos convertidos. Además, la ley judaica era la ley nacional de todos los ciudadanos y de cuantos habitaban en aquel territorio; añádase que no concurría en favor de los cristianos de Antioquia, como habia concurrido en Cornelio, el don del bautismo de fuego, y que ninguna revelacion divina habia respecto á los nacidos en el judaismo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 28.

Dellinger da una excelente explicacion del cap. II de la Epístola á los Galatas, p. 62-65. *Comp. Aug., C. Faust.*, XXVIII, iv; *Quaest. ev.*, II, q. xi, n.º 3; Windischman, *Galaterbrief*, p. 53. Los autores siguientes A. Pighe, Al. Carrierius, Harduino, Vallarsi (*Op. S. Hier.*, VII, i, p. 407, annot. d.); H. Kilber (*Theol. Wirecb.*, t. I, disp. II, cap. III, a. I, n.º 1 y sig.; *Inst. III*, ad III, p. 404); Zaecaria (*Diss. su Cefa ripresso da S. Paolo Diss. var.*, I, p. 195, Roma, 1780); M. Molkenbuhr (*Quod Cefas, Gal.*, II, 11, non sit Petrus ap., *Monast.*, 1803); A. F. James (*Disertaciones donde se prueba irrefragablemente que San Pedro sólo decidió la cuestion de fe sometida al Concilio de Jerusalem, y que Cefas, reprendido por San Pablo en Antioquia, no es el mismo que el principe de los Apóstoles, Paris, 1846*), y en nuestros días A. Vincenzi (véase arriba § 7), part. II, p. 87 y sig., han intentado probar que el Cefas reprendido por Pablo no era el Apóstol San Pedro sino el discípulo Cefas. Se apoya: a. en que esta opinion, léjos de ser contradicha por la antigüedad cristiana (conocianla ya San Jerónimo, Hier., *Comment. in Gal.*, II, 11; San Gregorio Magno, *In Ezech. lib. II*, hom. VI, n.º 10; *Op. I*, 1368, ed. Maur.; San Crisóstomo, *Hom.*, in illud: «In faciem est restiti», n.º 15; *Op. III*, 383 y sig.; *Œcum. in h. l.*, p. 731, 2.º loco), era admitida por Clemente de Alejandria (*Hypot.*, lib. V, ap. Euseb., I, 12). Doroteo de Tiro, la Crónica alejandrina (véase arriba § 6), y Eusebio citan expresamente á Cefas entre los setenta y dos discípulos; tambien las antiguas Constituciones apostólicas, en Pitra (*A. 15, h.*, I, 74; los *Menologios griegos*, Salomon de Bassora (en *Assemani, Bibl. or.*, III, p. 319 y sig.); b. en que el nombre de Pedro se encuentra ciento cincuenta veces en el Nuevo Testamento, alguna vez con el sobrenombre de Simon; pero el de Cefas no aparece sino ocho veces solamente y en cada una puede entenderse de persona completamente diversa del principe de los Apóstoles, excepto en *Jouan.*, I, 42; pero en este caso se añade inmediatamente el nombre de Pedro.

Véase I *Cor.*, I, 12; III, 22 (donde Cefas está puesto despues de Apolo; ix, 5 (donde se cita á los Apóstoles, á los hermanos del Señor y luego á Cefas); xv, 5. Muchos aplican este pasaje á Luc.; xxiv, 13 y sig., y ponen los discípulos que allí se citan en contraste con los once. Los pasajes contrvertidos son *Galat.*, II, 9, 11,

14. Como la palabra *Pedro* se halla expresamente en los versículos 7.º y 18.º, parece que también aquí *Cephas* es distinto de él. La lección de Pedro por *Cephas*, en la Vulgata, Gal., II, 9; II, 14, proviene acaso de la opinión que profesaba San Jerónimo. El comentario atribuido á Pelagio (Op. Hier., IX, p. 835, ed. Verón.), trae aquí *Cephas*; lo mismo se ve en muchos griegos, Eutalio, Didimo (Trin., II, 6, 13, Crisóst., mientras que los manuscritos varían. La traducción armenia concuerda con la Vulgata.

c. Se invoca la relación de la Epístola á los Gal. c. II, con las Actas, c. xv, relación ya admitida por los antiguos (Tertul., Cont. Marc. v, 2, 3; Amb., In Gal. Coim., cap. iv), etc., hasta Grocio, y se intenta demostrar que si la persona cen-surada por San Pablo era el Apóstol San Pedro, había contradicción entre Gal. c. II, y las Actas. Pero esta contradicción desaparece ante la explicación exacta de ambos textos. Los demás argumentos no son decisivos y la opinión contraria tiene en su apoyo la mayoría de los Padres y teólogos, especialmente los exegetas desde San Jerónimo, San Crisóstomo y Teodoro. San Ireneo, XIV, 12, y Orígenes, t. XXXII In Joan., n.º 5 (Migne, t. XIV, p. 753), entienden por el *Cephas* repren-dido el Apóstol Pedro. Pasaglia (57), lib. I, cap. xxiv, p. 217 y sig. 223 y sig., y el piadoso Mozzoni (A. 33 b.), t. I, nota 66, rechazan igualmente la opinión arriba expresada.

Segun Tertuliano, De praescript., cap. xxiii; Cont. Marc., I, 20; IV, 3; v, 3, los herejes, especialmente Marcion, invocaban las censuras de Pablo contra Pedro, mientras que Juliano y Porfirio se aprovechaban de ellas para acusar á los dos Apóstoles. (Hier., loc. cit.; Ep. lxxv ad Aug., cap. v; Cyrill. Alex., C. Jul., libro IX fin., ap. Migno, t. LXXVI, p. 1000 et seq.) San Jeron., cita á Orígenes, Apolinar de Laodicea, Didimo, Eusebio de Emesa y Teodoro de Heraclea, en favor de la opinión sostenida por él, de que la reconvencción que á Pedro dirigió Pablo era una « dispensatio honesta. » Entre él y San Agustín estalló con este motivo una disputa. El segundo (Ep. lxxxii ad Hier.; ep. xxviii, xl; De bapt. c. Don., II, 1, Com. in Gal., cap. II), á ejemplo de San Cipriano (Ep. lxxi ad Quint., Op., ed. Hartel. part. II, p. 773, c. III), de Zozimo de Terasa en el Concilio de 256 (ibid., part. I, p. 454), y de San Ambrosio (in h. l.), rechazaba esta opinión. (Natal. Alex., Saec. I, diss. xi; Mehler, Ges. Schr., I, p. 1 y sig.). La opinión de San Agustín sigue predominando. Fac. Herm., Defens. III, cap. 1, 9. Los Padres citan aquí el ejemplo de humildad de San Pedro: Cypr., loc. cit.: « Nam nec Petrus, quem primum Deus elegit et super quem fundavit Ecclesiam suam, cum secum Paulus... disceptaret, vindicavit sibi aliquid insolenter aut arroganter assumpsit, ut diceret, se primum tenere et obtemperari a novellis et posteris sibi potius oportere, nec desepxit Paulum..., sed consilium veritatis admisit et rationi legitima, quam Paulus vindicabat, facile consentit, documentum scilicet nobis et concordiae et patientiae tribuens. » Aug. in h. l.: « Objurgationem talem posterioris pastoris libentissime sustinebat. Nam erat objurgatore suo ipse, qui objurgabatur, mirabilior et ad imitandum difficilior. » Ep. lxxxii cit., n.º 22: « Est laus itaque justae libertatis in Paulo et sanctae humilitatis in Petro. » Los Padres hacen brillar de mil maneras su respeto á la dignidad de Pedro, ora hagan caer la censura sobre su discípulo *Cephas*, ora sobre el mismo. En este último caso, algunos admiten un temperamento « oeconomia; » y los que lo rechazan, exaltan más bien la dulzura y modestia de Pedro, que el atrevimiento y firmeza de Pablo.

29. Sin embargo, Pablo no vaciló en vituperar su conducta tratán-

dola de hipocresía; Pedro tenía contra sí su propia declaración en el Concilio de los Apóstoles; y la conducta que hasta entónces había observado, de la cual se apartaba súbitamente, protestaba contra él. Por la elevada posición que ocupaba en la iglesia, parecía usar de fuerza moral para imponer la observancia de la ley á los paganos convertidos, y los observantes fariseos podían abusar de este ejemplo. No conocemos la respuesta de Pedro. Pablo no defendía más que su opinión personal; su desaprobación no caía sobre una verdad dogmática, sino sobre conducta práctica; por esto no tuvo consecuencias. Pablo observó la ley, que era indiferente en sí misma, tanto en la circuncisión de Timoteo, como cuando se hizo nazareno ¹.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 29.

Bastaría para probar que no se trataba de una disputa dogmática, la expresión de *οὐκ ἔβουλετο* (véase Windischmann, loc. cit.), así como la reconvencción misma de Pablo que objetó á Pedro sus propios principios, y en fin, la opinión de los Padres. Cyrill. Alex., lib. X Contra Jul., fin., p. 1001; Aug. Quæst. ev., lib. II, q. xl; ep. lxxxii cit., al. xix, ad Hier.; S. Thom. II II, q. xxxiii, art. 4; Lect. in ep. ad Gal. II, 11.

Segundo viaje de San Pablo. — Sus primeras Epístolas.

30. Poco tiempo despues, comenzó Pablo con Silas su segundo viaje, desde Antioquia, y mientras que Bernabé, acompañado de su primo Juan Marcos, volvía á Chipre, su país natal, Pablo visitó á los fieles de Siria, Cilicia y Licaonia. En Lystra tomó por compañero al joven Timoteo, que hubo de someterse á la circuncisión, á causa de los judíos, entre los cuales iba á ejercer su ministerio. Los tres continuaron en seguida su camino hácia Frigia, Galacia y Misia. Alentado por una vision, Pablo pasó por primera vez á Europa, comenzando por Macedonia. En Filipos, convirtió á la familia de Lydia y á la de su carcelero; pasó por grandes pruebas, pero el éxito fué completo.

En Tesalónica, el Apóstol predicó en la Sinagoga judía, convirtió multitud de hombres y de mujeres, especialmente paganos, y no tardó

¹ ¿Acogió bien Pedro estas representaciones de Pablo? La opinión general de los antiguos Padres es que San Pedro recibió con calma y moderación las reconvencciones de San Pablo; y San Agustín tiene buen cuidado de notar que esta conducta, digna y paciente, es mucho más admirable que la impetuosidad natural del censor: San Pedro, añade, nos ha dado un magnífico ejemplo. En cuanto á nosotros, repetiremos las palabras de un célebre historiador de nuestros días: « Era ésta una de aquellas complicaciones de las que puede decirse, cosa rara sobre la tierra, que cada parte tenía razón desde su punto de vista. »

(Nota del trad. franc.)

en ser perseguido. La misma suerte le cupo en Béroe; donde dejó á Silas y Timoteo para volver á Atenas, cuyos habitantes no le escusaron los ultrajes. Sin embargo, su discurso ante el Areópago, en el que habló del Dios desconocido con ocasión del altar que le estaba consagrado, causó gran impresión. Verificáronse algunas conversiones, entre otras, la de Dionisio el Areopagita, más tarde primer obispo de Atenas. El éxito fué grande en la voluptuosa Corinto. Pablo se hospedó en la casa de Aquila, que abandonando el judaísmo había abrazado la Religión cristiana. Los judíos que le acusaron ante el procónsul Gallion fueron rechazados. Otra conversión notable fué la de Crispo, jefe de la Sinagoga, y la de toda su familia.

Durante su permanencia en Corinto, Pablo escribió sus dos primeras epístolas dirigidas á los de Tesalónica. La situación religiosa de éstos hallábase establecida de un modo regular; pero preocupados con la segunda venida de Jesucristo, que creían próxima y ménos favorable á los muertos que á los vivos, descuidaban ó abandonaban los deberes de su vocación. Pablo combatió éstos errores en la primera de sus dos epístolas; y como entre tanto se había esparcido por Tesalónica una supuesta carta del Apóstol que confirmaba aquella opinión, intentó, en su segunda epístola, atraer los ánimos sobreexcitados, á sentimientos más reflexivos, indicando los signos que debían preceder al advenimiento de Jesucristo.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 30.

Act., xv, 36-38, xvii; Döllinger, obra cit., p. 65-68. Sobre el discurso de Atenas, Focio, *Amphil.* q. cccv, p. 945; q. xcii, p. 580, ed. Paris. (q. cc, p. 279; q. xci, § 2, p. 156, ed. Athen.).

31. Después de una persecución de diez y ocho meses, Pablo abandonó á Corinto, y, pasando por Éfeso, llegó á Jerusalén para cumplir un voto. Sólo permaneció algún tiempo en esta Iglesia-Madre, y después visitó á Antioquía y las comunidades de Galacia, permaneciendo luego en Éfeso por mucho tiempo. Un judío de Alejandría, el elocuente Apolo, iniciado primero por discípulos de Juan, había acabado de instruirse con los amigos de Pablo, Aquila y Priscila. Provisto de cartas de recomendación, fué á Corinto, y enseñó allí con mucho fruto. Más tarde se encontró de nuevo en Éfeso con Pablo, que había bautizado en esta población á doce discípulos de Juan, sobre los cuales el Espíritu-Santo hizo brillar de nuevo el poder de sus dones. Muchos, que hasta entonces se habían dedicado á las artes mágicas, se convirtieron; mientras que otros, ardorosamente afectos al culto de los ídolos,

y en especial al de Diana, intentaron sublevar al pueblo. Esta tentativa no tuvo resultado.

En Éfeso, escribió San Pablo su epístola á los Gálatas, y la primera á los Corintios. Las comunidades fundadas por él en Galacia se componían en gran parte de paganos convertidos, mezclados con judeo-cristianos. Los doctores judíos perturbaron á muchos fieles, induciéndoles á someterse á la circuncisión y otros usos judaicos. Si pretendían generalizar la adopción en la práctica, no de toda la ley sino de algunas de sus prescripciones, esto no era, decían, por oponerse al decreto de los Apóstoles, sino por razones de seguridad; porque los cristianos incircuncisos no eran ménos perseguidos por los paganos que por los judíos, mientras que los circuncidados gozaban, como tales judíos, de mayor tranquilidad. Era también, por respeto á los principales Apóstoles de Judea, que observaban la ley, y ellos consideraban esta observancia como cosa agradable á Dios, meritoria y más perfecta¹. Júntese á esto que sospechaban del ministerio apostólico de Pablo, porque no había vivido como los otros en la intimidad de Jesús, ni comenzado sino muy tarde á predicar el Evangelio.

Pablo les demuestra: 1.º que ha sido directamente llamado al apostolado, y que su enseñanza es de origen divino; 2.º que no puede sacrificar la libertad evangélica á la servidumbre de la ley; 3.º que los dones del Espíritu-Santo se obtienen, no por las obras de la ley, sino por la fe.

Los acontecimientos de Corinto reclamaron igualmente la intervención enérgica del Apóstol. Habíanse formado allí diferentes partidos, unos afectos á Cefas, otros á Pablo; éstos á Apolo, aquéllos solamente á Jesucristo á quien habían conocido. Esta falta de unidad eclesiástica, que por lo demás no penetraba en el terreno del dogma, fué extirpada por San Pablo con gran vigor. Sus palabras, con las que se propone á la vez reprender á los que han faltado, rectificar los errores é instruirlos, se dirigen á todos, ya á los partidarios de Apolo (intimamente unido á él), que se prevaleían de su erudición, fácil palabra y dialéctica, ya á los que interpretaban alegóricamente la doctrina de la Resurrección, y ponderaban la sabiduría humana en general, ya por último, á los hombres voluptuosos, y sobre todo á los adúlteros, numerosos todavía en la elegante Corinto; dirigen asimismo á los que intentaban procesos ante los tribunales paganos, y participaban de sus festines, donde se comían manjares ofrecidos á los ídolos, y á los que fundándose en el elogio que el mismo Pablo había hecho de la virginidad, despreciaban el matrimonio.

¹ *Gálatas*, v, 12, 13.

Tercer viaje de San Pablo.

32. Para librarse de los numerosos peligros que le amenazaban en Éfeso, Pablo se trasladó á Macedonia, pasando por la Troade, y visitó á los fieles de este país. Las noticias que le trajo Tito sobre la acogida que los Corintios habían hecho á su primera epístola, le decidieron á escribir otra que compuso en union de Timoteo. Recomienda en ella hacer colecta en favor de los cristianos pobres de Jerusalem. Judíos heréticos habían atacado su calidad de Apóstol, y tratado de quebrantar la confianza que se le manifestaba. Necesitaba, pues, justificar á la vez su ministerio y su persona. Para esto demostró su autoridad apostólica recordando sus trabajos y sufrimientos, así como las gracias y revelaciones de que había sido objeto.

Poco tiempo despues de componer esta epístola, San Pablo, que había ya desplegado su celo hasta en las costas del mar Adriático, emprendió el viaje á Corinto, con el fin de apaciguar completamente las divisiones que acababan de estallar allí. Su permanencia en esta ciudad y en Grecia fué de tres meses; entonces fué cuando escribió su epístola á los fieles de Roma. Todavía no había visitado Pablo en persona á esta capital del mundo. Era la primera vez que escribía á una comunidad de paganos y de judíos convertidos, que le era completamente desconocida, y de la cual no había sido él fundador, si bien contaba allí con numerosos amigos, entre los cuales estaban Aquila y Priscila. Ningun peligro formal había amenazado todavía á aquella comunidad. Pablo no se proponía otra cosa que prevenir á sus lectores contra las seducciones posibles y consolidar los vínculos que les tenían unidos. Allí expone con mucho método y profundidad el estado de la humanidad pecadora, indica el verdadero camino de la salvacion, y deplora el endurecimiento de la mayor parte de los judíos.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 31 y 32.

Act., XVIII, 18, 19, 40; Doellinger, obra cit., p. 68-75.

33. Desde Corinto, Pablo se dirigió á Filipos, donde encontró nuevamente á Lucas, y despues á la Troade, donde halló á Timoteo y algunos otros compañeros de viaje. En Mileto, se despidió de los jefes que dirigian las comunidades del Asia superior, y á quienes no había de ver más: les previno que no tardarían en aparecer herejes entre ellos; les predijo las tribulaciones que le aguardaban, y que el profeta Agabo anunciaba tambien; y despues llegó por quinta vez á Jerusalem, llevando el producto de una colecta.

Por más que Pablo, siguiendo el consejo de Santiago, se presentó en el templo para probar con cuánta injusticia se le acusaba de despreciar la ley, y para participar allí del sacrificio, los judíos del Asia Menor, de quienes se le había prevenido anteriormente que se guardara, no dejaron de excitar contra él una violenta conmocion. La guardia romana del templo le libró de las manos de la muchedumbre sublevada. El discurso que Pablo dirigió á ésta, sólo sirvió para excitar una nueva tempestad, cuando, despues de referir su conversion, habló de su mision entre los pueblos paganos. Los judíos, para quienes este lenguaje era intolerable, pidieron su muerte. Libróse del suplicio que le reservaba el gobernador romano, invocando su derecho de ciudadano de Roma. En la apología que pronunció ante el gran Consejo, insistió principalmente en la Resurreccion de los muertos, lo cual promovió una disputa entre fariseos y saduceos.

Lysias, tribuno de la cohorte romana, informado de la conjuracion tramada contra Pablo, le hizo conducir con numerosa escolta ante el procónsul Félix, en Cesarea. Allí el Sumo Sacerdote Ananías y muchos miembros del Sanhedrin, comparecieron como acusadores contra él; pero el procurador Félix y su sucesor Festo no quisieron abandonarle al odio de los judíos; esperaban que el Apóstol se libraría á precio de oro, pero vieron defraudadas sus esperanzas. Pablo intentó inútilmente convertir al rey Agripa II, que se encontraba allí á la sazón. Este príncipe se contentó con rendir homenaje á la habilidad de su palabra y á su carácter. Habiendo apelado Pablo al Emperador, fué conducido á Roma como prisionero, al cabo de dos años de cautiverio en Cesarea.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 33.

Act., XX-XXVI; Doellinger, obra cit., p. 75-77.

Primera cautividad de San Pablo en Roma.

34. Despues de una navegacion en extremo peligrosa, y de detenerse en Malta, Pablo arribó á las costas de Italia, en la primavera del año 61 (ó 62). Los cristianos de Roma salieron á recibirle hasta las afueras de la ciudad. En Roma, fué retenido prisionero en una casa particular, con permiso para recibir visitas. Los acusadores judíos no comparecieron, y el proceso siguió lentamente su curso. Pablo tenía á su lado á Lucas, Timoteo, Tychico, Marco, Dimas y dos compañeros de cautiverio, los macedonios Aristarco y Epafras. Durante estos dos años, San Pablo escribió á Filemon, é intercedió en favor del esclavo Onésimo,

que había emprendido la fuga. Escribió también á la comunidad de los Colosenses, fundada por Epafras, y cuya fe estaba amenazada por los zelantes judíos y otros herejes; después á las diversas Iglesias del Asia anterior, á las cuales explicó la grandeza de la gracia divina, la unidad de la Iglesia, la importancia de su apostolado, y los sublimes deberes de los fieles. Durante su cautividad, la primera de las comunidades que había fundado en Europa, la de Filipos, « su alegría y su corona, » le envió por medio de su jefe un socorro en dinero. Pablo respondió con las protestas de la más ardiente caridad, y les puso en guardia contra sus adversarios judaicos y otros seductores.

Es antigua tradición, confirmada por numerosos testimonios, que Pablo salió de esta primera cautividad. Aquí terminan las Actas de los Apóstoles, escritas por San Lucas (antes del año 67). Se limitan á decir que esta cautividad duró dos años; tuvo pues fin; si hubiese terminado con la muerte del Apóstol, no es creíble que hubiese dejado de hablar de esto su fiel compañero. Lo cierto es que los judíos, si prosiguieron en Roma su acusación, no podían imputarle crimen digno de muerte, como así lo habían reconocido Félix y Festo en Palestina. En Roma, Pablo había llegado á convertir hasta á personajes de la Corte imperial¹.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 34.

Act., xxvii, xxviii; Niceph. Callixt., II, 31-33; Doellinger, p. 77-80. La epístola á los Efesios es citada por Marcion, como dirigida á los de Laodicea, y los antiguos sabían ya que estaba dirigida á muchas comunidades. Tertull., *Contra Marc.*, V, 11, 17; Basil., lib. II *Contra Eunom.*, n.º 19 (Migne, t. XXIX, p. 612). Sobre la sucesión de las Epístolas de San Pablo, nota San Crisost., *Arg. in ep. ad Romanos* (Migne, t. LX, p. 292 et seq.), que las dos dirigidas á los de la Tesalónica, preceden á las escritas á los Corintios, y éstas, así como la epístola á los Gálatas, son anteriores á la que envió á los Romanos; vienen después la dirigida á los hebreos, á los Filipenses y á Filemon, y luego las pastorales. Véase, E. Meister, *Krit. Ermittl. der Abfassungszeit der Briefe des hl. Paulus*, Regensb., 1875.

Martirio de Santiago. — Su epístola.

35. En este intervalo, el Apóstol Santiago, que había permanecido en Jerusalem en su calidad de obispo, hizo todo lo posible por ablandar los corazones de los judíos endurecidos y ganarlos para el Evangelio. Su ascetismo, que no podía ser criticado ni aun desde el punto de vista de las prácticas rigurosas del judaísmo, su admirable

1 *Phil.*, I, 13; IV, 22.

espíritu de sacrificio, su asombrosa santidad, infundían respeto hasta en los judíos más enconados contra él. Nazareno, observaba austeramente el ayuno; había recibido el sobrenombre de Justo, avergonzaba con su conducta á los fariseos mismos, y era brillante ejemplo para los judeo-cristianos.

Escribió á las doce tribus de la dispersion, á los judeo-cristianos que vivían fuera de Palestina, una epístola, que por su estilo agradable y límpido hace suponer á muchos que había tomado por intérprete á un judío helenista. En esa epístola, donde abundan las imágenes grandiosas y magníficas, y cuyos pensamientos recuerdan el discurso de Jesús en la montaña, combatía los errores sobre la justificación por la fe, y mostraba que sin las obras, ésta es insuficiente para la salvación.

El crimen espantoso con que su pueblo se había manchado rechazando al verdadero Mesías, le excitaba á pedir por él sin descanso. Aunque cristiano, tenía el alma de un verdadero israelita; consideraba las formas del Antiguo Testamento como las raíces de su piedad, y el conjunto de su vida recordaba la antigua alianza á la cual permanecía fiel hasta el límite de lo posible.

Desdichadamente, la malicia y reprobación del pueblo judío iban á revelarse en toda su profundidad, y Santiago fué condenado al martirio en la misma Jerusalem que tan tiernamente amaba. Se le mandó renegar de Jesucristo, y explicar quién era Jesús, y qué se había de hacer para entrar en la vida eterna. « Jesús está sentado á la diestra de Dios Padre, y vendrá entre las nubes del cielo, » fué su respuesta, que exasperó los ánimos. Precipitáronle desde el pináculo del templo, y fué lapidado en el lugar donde cayó. Como conservase todavía un resto de vida, y pidiese por sus verdugos, un batanero lo acabó de matar dándole un mazazo en la cabeza. Anan hizo además apedrear á otros cristianos; después fué destituido por Heródes Agripa II. Era la tercera persecución que sufría esta Iglesia, y había motivos para temer que muchos de sus miembros se precipitasen en la apostasía.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 35.

Se ha discutido si el Apóstol Santiago, hijo de Alfeo, era el mismo que el hermano del Señor y Obispo de Jerusalem, citado en los Gal., I, 19. Fundándose en las Constituciones apost., II, 55, VI, 16, VIII, 46 y otros libros apócrifos, muchos griegos, y después los Bolandos, Henschen, Florentini, Gombéffis, Mazocki, Zaccaria (Diss. de rebus ad Hist. eccl. pertinent., t. I; Diss. I de tribus Jacobis), Rothe (p. 264, n. 134), Lindner (I, p. 21), y Vincenzi (§ 7), Luc., II, p. 159 y sig., creen que se trata de dos personas. La identidad es admitida por Baronio, Petavio, Pearson, Cotellier, Natal Alejandro, Casino, Tillemont,

Gardesboschi, Orsi, Hugues, Schleyer (Frib. Zeit.-Schrift., t. IV, 11-65); Guericke, Einleit. in das N. Testament., p. 483; Windischmann, op. cit., p. 31; Doellinger, obr. cit., p. 104 y sig., etc. Sobre la piedad de Santiago, Hegeipo, ap. Euseb., II, 23; Epifan., hom. xxix, 4; Lumper, t. III, p. 110 y sig., not. m.; Rothe, p. 270; Lechler, p. 170-177. Santiago era llamado el protector del pueblo *ἑκαστος*, y *Ὁσείας*, *סם* *הבן*, *περιεχὴ τοῦ λαοῦ καὶ ἑκαστοῦ*. En esta cuestión: *τις ἡ θύρα Ἰησοῦ*; la palabra *θύρα* se explica ordinariamente por *כניו* (en lengua rabínica, estimación, valor). Sobre el género de muerte que padeció, véase Clemente de Alejandría, ap. Euseb., II, 1. Según Josefo, Antiq. XX, ix, 1, debió morir el año 62-63, después de la partida de Festo y la llegada de su sucesor Albino; según Euseb., III, 11, poco tiempo antes de la ruina de Jerusalén, hacia el año 69. Sigue á este autor Roth, p. 274 y sig. Pero la mayor parte se deciden por Josefo. Doellinger, p. 103-108; Kessing, De anno quo mortem obierit Jacobus frater Domini, Heidelb., 1857.

Epístola á los hebreos.

36. Por el mismo tiempo (año 63), Pablo escribió á los judeo-cristianos de Palestina, cuyo primer jefe, modelo de firmeza, acababa de morir. A la generación naciente que se sentía inclinada hácia la apostasia por el odio de los judíos no convertidos y por el temor de ser excluida del templo, San Pablo expone la sublimidad de la nueva alianza y de su sacerdocio, y su superioridad sobre el Antiguo Testamento, donde todo era figurado. Animálos á la perseverancia, á la sumisión hácia sus jefes, mostrándoles la recompensa gloriosa que les espera en la otra vida. Los pensamientos de esta Epístola son claramente de San Pablo, si bien se sirvió de otro como intérprete, y especialmente de San Lucas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 36.

Doellinger, obr. cit., p. 84-86. El autor de la Epístola á los hebreos sería, según Tertul., De pudic., cap. xx, Bernabé; según Orig., apud Euseb., VI, 26, y San Jerónimo, Catal., cap. v, el Evangelista San Lucas.

Cuarto y quinto viaje de San Pablo.

37. El grande Apóstol de las naciones, cuyo celo no conocía límites, había vuelto á comenzar sus expediciones apostólicas. Según el deseo que había manifestado otras veces¹, visitó probablemente á España, que contenía en muchas de sus ciudades, situadas sobre la costa, prosélitos judíos. Después volvió á Éfeso, donde habían aparecido algunos herejes, y en seguida marchó á Macedonia y Creta, donde dejó á Tito.

¹ Rom., xv, 24, 28.

Dió á éste, así como á Timoteo, que estaba en Éfeso, instrucciones y consejos sobre la manera de ejercitar el ministerio episcopal, y combatir las diferentes herejías. Detúvose en diversas ocasiones en Corinto y Nicópolis, y después fué nuevamente preso y llevado á Roma. Este segundo cautiverio romano es mencionado en la segunda Epístola á Timoteo, y fué mucho más riguroso que el primero; prohibiéndose toda comunicacion; cargósele de cadenas, y se le trató como á un malhechor. Convencido de que marchaba á la muerte, y tocando ya á su término, escribió en cierto modo su testamento.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 37.

El viaje de San Pablo á España se deduce de Rom., xv, 24; Clem. Rom., Ep. 1, ad Cor., cap. v; Fragm. Muratori (Rel. sacr., IV, 4); Theodoret, In Ps. cxvi, vers. 1 (Migne, t. LXXX, p. 1803: *καὶ εἰς Ἰσπανίαν ἀπέβητο*), y de otros datos. Baron., an. 61, n.º 2, Natalis Alex., Diss. xv, pr. 1, t. IV, p. 372; Doellinger, p. 80 y sig.; Gams, K.-G. Span., I, t. p. 29 y sig.; Fr. Werner (Esterr. Vierteljahrsschr. f. kath. Theol., 1863, p. 320 y sig.) Sobre los otros viajes y cartas pastorales, Danko, Hist. revel., p. 456; Doellinger, p. 81-84.

38. Casi podría decirse que la actividad prodigiosa de Pablo había relegado á segundo término al príncipe mismo de los Apóstoles. San Lucas, compañero de San Pablo, no habla sino de él en toda la parte segunda de las *Actas*. Pedro, milagrosamente libre de la prision, había emprendido de nuevo sus apostólicas tareas, empezando por Jerusalén, y había ido á visitar otras comunidades. Estuvo largo tiempo á la cabeza de la Iglesia judeo-cristiana de Antioquía, que en él venera al primer fundador de su fe.

ADICION.

San Pedro funda en Antioquía la primera comunidad cristiana.

Alejados de Jerusalén y dispersos por la persecucion, los cristianos fueron bastante lejos de las fronteras de Palestina, con el fin de no verse expuestos nuevamente á las violencias de los judíos. « Los que habían sido diseminados » por la persecucion emprendida contra San Esteban, « pasaron á Fenicia, Chipre y Antioquía, y anunciaron á los judíos solos la palabra de Jesucristo. » Así, pues, sabemos por las *Actas* que todos los fieles, excepto los Apóstoles, fueron dispersos¹. Millares de cristianos se derramaron sobre el vasto territorio que se extiende desde Jerusalén á Damasco y Antioquía, y otros penetraron en Chipre, estableciéndose en diversos lugares gran número de pequeñas comunidades. Este era el segundo y precioso fruto de la primera persecucion: el Cristianismo se había extendido por toda la Judea y más allá de las fronteras del judaísmo. La

¹ Act., viii, 1, 4; xi, 19.